

# BICENTENARIO GLORIOSO

(1732 - 1932)

## Reconquista de Orán.—En Burgos.

### I

El nido de piratas y madriguera de corsarios de las playas africanas, que con extraordinaria clarividencia, que para sí quisieran estadistas y diplomáticos modernos, expugnara en el año 1509 el Cardenal Cisneros, había vuelto al poder de los mahometanos. Los moros argelinos no se resignaban tan fácilmente a la pérdida de Orán, añoraban la posesión de aquella plaza, desde donde tan impunemente solían iniciar las incursiones, a que tan propensos eran, para saquear las costas andaluzas y levantinas, infestando todo el Mediterráneo. ¡Qué con justa razón la bien entendida política africanista del insigne Cisneros consideró esta ciudad como una catapulta siempre en tensión contra la tranquilidad de todo el mundo latino! En convivencia con el turco, al cual se consideraban ligados por fuero de religión (1), o mejor dicho por el odio común al nombre cristiano, estaban arma al brazo esperando una oportunidad que les permitiera volver a las andadas, la cual desgraciadamente presto había de llegar por la guerra de sucesión, que dividía a España.

Las luchas fratricidas, que surgieron entre el ocaso de los Austrias y la radiante aurora de los Borbones, facilitaron tan aciaga coyuntura. En el constante y nada honroso trasiego de partidarios que de un campo a otro se verificó en aquella guerra, con mengua notable del

---

(1) Los corsarios greco-turcos, con más exactitud los renegados de cualquiera nacionalidad, prestaban a la soberanía otomana un reconocimiento y vasallaje más nominal que efectivo y parece, por su conducta, que con la reserva mental de obedecer sólo cuando les pluguiere. Para desdicha de Europa estos corsarios encontraron jefes de genio e iniciativa que sistematizaron la expoliación y bandidaje mediante la marina armada en corso, realizando el absurdo en Derecho Internacional de constituir estados que no tuvieron más base social que la piratería.

alto espíritu de acrisolada lealtad que hasta entonces había venido siendo la norma patrimonial de conducta de las clases militares y caballerescas de España, correspondió el turno de cambio de frente al Marqués de Santa Cruz, quien naturalmente había de dar la media vuelta, con perfecto criterio utilitarista, cuando más ventajoso fuere a sus planes y miras personales; sin importarle gran cosa que los altos intereses de la Patria se resintieran profundamente. ¡Que los padres han pagado de ordinario los pleitos de los mal avenidos hermanos!

Las heterogéneas bandas integradas por el extraño conglomerado de piratas, berberiscos, argelinos y renegados, tenían sitiada, tiempo ha, la plaza de Orán, contando con los eficaces y mal disimulados auxilios de ingenieros y militares del continente (1), holandeses y alemanes, sobre todo, y el gobierno español confió con poca perspicacia al Marqués de Santa Cruz el honroso cargo de acudir a su defensa, facilitándole a este fin dos galeras y 40.000 pesos, los que una vez recibidos fueron puestos al servicio de la parcialidad austriaca, declarándose entonces abiertamente el Marqués por tal partido, con notoria deslealtad.

Ante la carencia de recursos, el gobernador de la Plaza, Marqués de Valdecañas, tuvo que rendirse en 1708, con tan mala fortuna que apenas pudo huir un escaso número de defensores, quedando infinidad de cadáveres en los acantilados de la costa bravía, y multitud de prisioneros, que hubieron de llorar largos años, en las mazmorras africanas las infidelidades del Marqués.

La pérdida de plaza tan importante venía siendo una espina punyente, que laceraba el orgullo de aquel Felipe V, el Animoso, quien a los 24 años, cuando ya vió consolidada la corona española en su cabeza, se dedicó con buen acuerdo, a restañar las heridas resultantes de la lucha civil. pensando primeramente en el rescate de Orán.

## II

Muy a pechos tomó el Rey la reconquista, haciendo preparativos tan a fondo, que al apuntar la primavera, en Abril de 1732, llegó a reunirse en las playas de Alicante una armada de más de 700 velas, cuya artillería montaba 110 cañones, habiendo reclutado un ejército de desembarco que ascendía a 27.000 hombres de tropas regulares,

---

(1) En la reconquista de 1792 se encontró entre los papeles aprehendidos del Bajá Ali-Den una carta de un mercader europeo, en la que reclamaba con dureza el importe de los suministros hechos a los moros por sus corresponsales en años anteriores.

à los que se sumaron algunas compañías de granaderos y las temibles bandas de voluntarios, en las que se inscribieron oficiales de mucha cuenta y distinción, y más de 30 títulos de Castilla, ganosos de correr aventuras.

Mucho alarmaban tales preparativos a las potencias extranjeras, y con no poca sorpresa y recelo supieron los aliados los grandes armamentos de mar y tierra que se aprestaban en los puertos españoles, preparativos que extrañaban más aún por no tener explicación posible, cuando quedaba felizmente zanjada y sin efusión de sangre, la complicadísima cuestión que el desmedido cariño maternal de Isabel de Farnesio había provocado con el vano y orgulloso deseo de que cada uno de sus infantitos obtuviera soberanía independiente, aunque fuera ciñendo la corona de un minúsculo país, como los ducados de Parma, Toscana o Florencia.

Tal importancia daba la corte española al sigilo en sus actividades que, ni aun ante las sospechas ácremente exteriorizadas por el Emperador, se estimó procedente descorrer el velo; limitóse a ofrecer amplias seguridades por mediación del Duque de Liria, de que tales aprestos no iban contra ninguna de las potencias amigas, las que podían fiar en la lealtad española.

Cuando todo estuvo dispuesto, y lista la escuadra para hacerse a la vela, dió el Rey un manifiesto a la nación, con fecha 6 de Junio de 1732, que pasó al Consejo de Castilla con encargo de que se hiciera público en Madrid y en el que se hacía saber «a todós los súbditos de estos reinos» que el objetivo de tal expedición era la reconquista de Orán, perdida años antes, en las dolorosas incidencias de la guerra contra el Archiduque de Austria.

### III

En 29 de junio llegaron a esta ciudad de Burgos Reales Cédulas de Ruego y Encargo, escritas en Sevilla, con fecha 18 del corriente mes, y rubricadas por el ministro Vivanco y Angulo, en virtud de las cuales Felipe V, pedía a S. S. Ilustrísima el Cabildo, se hiciesen fervientes rogativas en esta Iglesia al Dios de las Batallas, por el feliz éxito de la arriesgada empresa de conquistar a Orán «que la superioridad y multiplicidad de mis enemigos arrancó... de mi obediencia biolenta y fraudolentamente», empeño en el que quedaba comprometido el honor de las armas católicas.

El Deán, Presidente del Cabildo, se apresuró a cumplimentar los regioes deseos, citando de oficio a capítulo a la Corporación, en aquella misma tarde, y después de amplias deliberaciones se tomó el

acuerdo de comisionar a los Sres. Superintendentes y Magisterio de Ceremonias para que dispusiesen las providencias conducentes al caso.

No anduvieron remisos los comisionados, y tan en serio estudiaron el asunto que, como es de rigor en toda corporación, se procedió en seguida a la búsqueda de precedentes, y pudieron ofrecerles en éste mismo día, oportunos y precisos, en lo acaecido el año 1705, con motivo de la campaña contra los ingleses por la reconquista de Gibraltar, y sobre todo en las preces que se tuvieron para impetrar la victoria de las armas cristianas contra el turco, en la empresa de la liberación de Viena.

Acordóse celebrar una solemnisima procesión claustral, en la que había de exhibirse la milagrosa bandera de las Navas, la que guió victoriosamente las tropas coaligadas de los estados españoles frente al Miramamolín, y se conserva pendiente en la bóveda de la nave mayor de esta Santa Iglesia Basílica Metropolitana, y la veneranda reliquia del «Lignum Crucis», también del tesoro espiritual del S. T. M., y a continuación misa con exposición del Santísimo, y preces propias «tempore belli».

La tarde del lunes, día 30 de junio, se bajó la bandera y se la puso en condiciones de poder ser llevada, montándola en un astil de media vara más de largo que la tela de que está confeccionada, la cual quedó sujeta mediante un lazo «de buena cinta encarnada», completándose los adornos con dos elegantes borlas que pendían a los lados.

En deferente cortesía con el Ayuntamiento, testimonio fehaciente de las buenas relaciones que siempre han mediado entre ambas entidades (1), se le invitó a asistir a los actos y al mismo tiempo se le «convidaba» a que designase a alguno de los caballeros regidores para llevar el pendón en los cultos proyectados.

Teníase por mucha honra el ser portaestandarte de la bandera de las Navas, el glorioso trofeo tan íntimamente unido con las glorias de Castilla y por entonces objeto de fervorosa devoción popular, por estar enriquecido recientemente con muchas indulgencias otorgadas por la Santa Sede. Pocas veces se ha bajado tan rica y devot-

---

(1) Las pequeñas disensiones que en el correr de los tiempos pueden acaecer no son óbice a la sincera cortesía, antes al contrario, en la comunidad de relaciones e intereses es donde pueden surgir las disparidades de criterio, cuya solución, basada en normas de justicia, equidad y armonía, acrisola la amistad, cual sucedería en el pleito que relata el culto y estudioso archivero, D. Ismael G. Rámila, «Conflicto de jurisdicción entre el Ayuntamiento Burgalés y el Cabildo Catedral....», que viene publicando el Boletín de esta Comisión Provincial de Monumentos.

presea para ser llevada en procesión, y una de las veces que se hizo, por el año 1683, en análoga ocasión con motivo de las rogativas, para impetrar del cielo la liberación de Viena, asediada por numeroso ejército de infieles, la llevó por designación del Ayuntamiento persona de prestigio reconocido y caballero de tanta cuenta como el regidor perpetuo don Julián de Arriaga, del Orden de Alcántara, de una familia burgalesa de rancia nobleza, que culminó en la persona de otro también don Julián Arriaga, baylío de la Orden de San Juan de Jerusalén, gran Cruz y Comendador de Fuente la Peña, quien en los veintiún años que estuvo al frente del Ministerio de Marina y Estado impulsó notablemente la vida marinera, fomentando las construcciones navales hasta dejar casi terminado el Arsenal de Cartagena.

En esta ocasión pasó el Maestro de Ceremonias, Sr. Varzina a la Torre de Santa María, notificándosele que la designación había recaído en el regidor don Joaquín de Melgosa, persona de arraigo en Burgos y cuya familia ha vivido en esta ciudad hasta nuestros días, llena de consideraciones y merecedora de respetos, teniendo su casa solariega en la calle de la Calera. Allí trasmitió el mencionado Maestro las prevenciones del caso, para el más lucido desempeño del honroso cometido.

#### IV

Notable fué en extremo por el número y la calidad la concurrencia de fieles a estos actos y en ellos se dió la nota de fervor y humildad, suplicando al Dios de los ejércitos una victoria, cuyos frutos habían de reportar innumerables ventajas en el orden moral y material al pueblo cristiano.

Con laudable celo y diligencia se preparó por ambas corporaciones lo que a cada una correspondía para la mayor solemnidad y orden en los cultos. Por lo que toca al Cabildo intimó la presencia «real e actual» a todo el numeroso personal de coro y demás dependientes del S. T. M. y «a los capellanes del Número, sin excluir a los extravagantes».

Para hacer compatibles las horas canónicas de este día, se modificó el horario en lo posible, cantándose una Misa de la Tabla de Fundaciones correspondiente a la fecha, y la conventual hubo de rezarse «extra chorum» entre Tercia y Nona.

Así pudo comenzar a las diez la solemnidad. Prevenido como estaba anticipadamente el regidor Melgosa había acudido a la sacristía, y desde allí salieron los ministros en perfecta formación, camino del presbiterio, del modo siguiente: Desfilaba en primer lugar la Cruz de

Santiago, parroquia entonces del Cabildo, seguía la Cruz Metropolitana, incensarios, seis pluvialistas, el Regidor, seis seminaristas portadores de hachas que alumbraban al «Lignum Crucis» (1), llevado por el Preste, a quien acompañaban los dos Ministros revestidos de dalmática

Llegado que hubo la comitiva a las gradas del presbiterio, púsose el incienso, y a indicación del Maestro de Ceremonias, tomó el Caballero Regidor la bandera, que desde la mañana estaba enhiesta en la capilla principal, al lado del Evangelio.

Mientras tanto salía el Cabildo del coro, colocándose en dos filas en el centro de la nave mayor y las dos cruces, adelantándose, se colocaron a la cabeza de los primeros prebendados, y el Ayuntamiento, «la Ciudad», saliendo del tradicional «zelemín» ocupó la presidencia laical, cerrando la procesión, según venía haciendo de antiguo, en cuyo derecho, (por lo que respecta a la del Corpus), había sido confirmado por recientes provisiones reales. A la Ciudad seguía devota muchedumbre que con ánimo contrito y humillado imploraba los auxilios del cielo.

Organizada la procesión, se inició el desfile por la reja del Crucero, junto al púlpito, siguiendo junto a la capilla de la Natividad, trasaltar, San Enrique, recorriendo los cuatro lados del claustro, y por la nave lateral de la Epístola y trascoro, regresó al presbiterio, donde había de celebrarse la Misa.

Al comenzar la procesión y mientras el Regidor tomaba el estandarte y se colocaba a la cabeza de los pluvialistas discurriendo por medio de las filas de prebendados, la Capilla de Música interpretó el himno «Vexilla regis prodeunt», recientemente compuesto a cuatro voces por el joven maestro F. Hernández Illana, que, aureolado de fama y rodeado de prestigios, había venido hacía pocos meses de la «Schola Cantorum», del Patriarca de Valencia, a encargarse de la batuta de la Capilla de Música burgalesa.

Mientras la procesión, el cuerpo de Capellanes del Número, sochantres y salmistas ejecutaron a fa-bordón, con acompañamiento de chirimías, tocadas por los ministriles, el salmo 78: «Deus venerunt gentes in hereditatem tuam» en el que el autor inspirado expresa sus hondos sentimientos de dolor patriótico ante los males que afligen al pueblo de Israel, esclavo de los enemigos del santo nombre de Dios,

---

(1) Dos devotas y hermosas reliquias de la Cruz del Señor posee el tesoro espiritual de la S. I. M. de Burgos, una pequeña colocada en una cruz-relicario, y otra de alguna mayor dimensión, montada en un ostensorio de estilo gótico del siglo XV, aunque de construcción más reciente. Esta, «la maiorcita», fué la expuesta en este día a la piadosa adoración de los fieles.

y ante las abominables profanaciones cometidas en el templo de Salomón, pidiendo «razonadamente» el auxilio de lo alto, e imprecando fieros males contra sus enemigos, para terminar con ingenuo y confiado ofrecimiento oriental: «Nos autem populus tuus et oves paschuae tuae, confitebimur tibi in saeculo, in generatione et generationem annunciabimus laudem tuam», conjunto de afectos que tan bien acordarían con los que embargaban a los fieles y devotos que llenaban las naves de la Catedral en este acto.

Terminada que fué la procesión, el Cabildo regresó al coro, y el Regidor, colocada la bandera en el pie para ello preparado, en las gradas del presbiterio, se restituyó a su puesto, con los compañeros de Corporación.

Ya en el presbiterio, habiendo dejado el celebrante el pluvial, y tomada la casulla, comenzó la santa Misa en el altar máyor que estába severamente adornado con las cuatro reliquias de San Pedro, San Pablo, San Sebastián y Santa Catalina, santos cuya devoción se había extendido muy mucho en aquella época, y diez y ocho velas, profusión de luces, a la que no estaban acostumbrados en estos tiempos, y en el que remataba la coronación del ostensorio la imagen «de plata» de Nuestra Señora del Pilar, quedando la reliquia del «Lignum Crucis» en medio de la mesa del altar, alumbrándola dos estadales de plata pontificia.

Comenzada la misa, que fué la votiva «contra paganos, Exurge quare obdormis, Domine», con ornamentos morados, sin Gloria ni Credo, al llegar al «Aufer a nobis...» se verificó la exposición del Santísimo, forma muy generalizada por entonces en toda la región, y que he visto observada hasta nuestros días en la iglesia abacial de las Huelgas, tan eminentemente conservadora de los antiguos usos y tradicionales costumbres.

Después de la elevación cantó la Capilla de Música un motete escrito en el siglo XVII por el maestro Salazar, quien si no llegó a regir materialmente la capilla, fué durante muchos años su mentor artístico y prolífico escritor, a quien se debe en gran parte la riqueza polifónica de su archivo. Se titula el motete «Domine Jesu...» y la música y letra es originalísima en extremo, de carácter impetratorio, y que hasta el presente obtiene honrosa acogida en la interpretación que suele hacerse junto al monumento, el día de Jueves Santo.

A continuación de la misa se hizo la reserva «sin círculos», y acto seguido se semitonaron versos, responsorios y oraciones «tempore belli», según el antiguo Ritual, propio de este S. T. M., muy digno de respeto hasta hoy, por el hondo sentido litúrgico de que está

impregnado. Entre las oraciones se hubo de intercalar la oración «pro serenitate» que muchos años había de hacerse por esta época, para conseguir del cielo la serenidad de la atmósfera, que proporcionase a los campos, entonces ubérrimos, una sazónada y abundante cosecha.

## V.

Mientras tanto, lejos de Burgos continuaban con ahinco las actividades militares y marineras. El 15 de junio retumbó el cañón de leva en las playas alicantinas y todas las embarcaciones levantaron anclas, y al día siguiente de madrugada aquella poderosa escuadra, que contaba 12 navíos de guerra, armado el que menos de 50 cañones, 2 bombardas, 7 galeras, 2 galeotas, 4 bergantines, 50 fragatas, 97 saeteras, 20 balandras, 161 tartanas, 2 polacras, 8 paquebotes, tan perfectamente avituallado de municiones de guerra y boca, que necesitaba 120 naves auxiliares para el transporte, salió a alta mar, a las órdenes del almirante Francisco Cornejo, navegando en correcta formación de combate por mucho tiempo hasta perderse de vista, ofreciendo un sorprendente espectáculo a aquellos buenos levantinos, no obstante que estaban acostumbrados a presenciar en la tersa superficie de sus mares brillantes y hermosos desfiles.

El día 25 de junio se dió vista a Orán, pero un furioso temporal, desencadenado durante la travesía, obligó a diferir cuatro fechas el desembarco. Como este ya no podía hacerse por sorpresa en la ensenada de la ciudad, la escuadra remontó la corriente del Estrecho hacia el Oeste, legua y media más arriba, junto a Mazalquivir, iniciando el desembarco sin dificultad. Ya estaba la mayor parte de nuestro ejército en tierra, cuando hicieron acto de presencia unas partidas sueltas de moros, o tal vez las avanzadas de su ejército regular, que hubieran podido poner a nuestras tropas en apurada situación por las insuperables dificultades de maniobrar el pesado ejército español en aquellos arenales. Mas la eficaz intervención de la artillería de los buques salvó el conflicto dispersándolas. Completó la derrota el brioso ataque de las primeras tropas, con lo cual pudieron continuar sin peligro de ningún género las operaciones del desembarco. Pretendieron después los argelinos hacerse fuertes en un montículo, junto a la única fuente de agua dulce que surtía los abastecimientos de la plaza para así tener segura la aguada; pero destacando contra ellos el general don José Carrillo de Albornoz, marqués de Montemar, que dirigía la expedición, 16 compañías de granaderos, a las órdenes del Marqués de la Mina, fueron desalojados de cerro en cerro con admirable intrepidez por el arrojo de estos bizarros soldados que

sin haber tenido tiempo de descansar entraron denodadamente en la refriega.

Mientras tanto, otro grupo de granaderos ocupaba la montaña conocida hoy día con el nombre del «Santón», que domina el castillo de Mazalquivir, y atemorizados con esto los musulmanes que lo guardaban capitularon sin lucha, obteniendo paso franco para Mostagán.

El desaliento cundió rápidamente en el campo moro. El Rey, que como Señor independiente gobernaba a Orán llamado Mustafá, y también Hacem, y al que nuestros compatriotas designaban con el mote de «Bigotillos» por el espléndido adorno capilar que ostentaba en su labio, era el mismo que tan afortunado estuvo en 1708; mas en esta ocasión no supo mantenerse a la altura de las circunstancias, abandonando cobardemente en un momento de inexcusable y fatal turbación, la plaza que pocos años antes había sido testigo de su tenacidad y bizarría.

A la mañana siguiente un criado del cónsul francés en Orán se presentó, de orden de su patrono, en el campamento español, notificando la huida general de las tropas musulmanas, que ascendían a 40.000 hombres, con total abandono de fuertes y defensas. Cautamente, el Generalísimo español ante una posible celada, aunque sin desconfiar en absoluto, no quiso aventurarse dando un paso imprevisto; así que envió por delante un destacamento de exploración mientras en el campamento se hacían los preparativos de avance. Confirmada la grata noticia el día 5 de julio, ocuparon definitivamente las tropas de Montemar la plaza que estaba totalmente desierta de personal moro; mas como en la rápida huida los piratas no habían tenido tiempo de entregarse a la destrucción que organiza todo ejército que marcha en retirada, se apoderaron de infinidad de pertrechos de guerra, armas y vituallas, que habían de ser, pasadas pocas semanas, muy útiles a las tropas españolas, para rechazar los repetidos y a veces briosos contra-ataques del poco antes atolondrado «Bigotillos».

Purificáronse los templos, y en este mismo día, 5 de julio, se cantó un solemnisimo «Te Deum» en la Capilla de la Virgen, que en recuerdo de la primera conquista había edificado al pie del fuerte de Santa Cruz, el Cardenal Cisneros, dando gracias al cielo por haber vuelto a tremolar en las torres y minaretes de aquella ciudad las banderas del ejército cristiano.

## VI.

Pronto se tuvieron noticias en la Península de tan feliz suceso para la gloria de las armas españolas. El propio Marqués de Mina trajo la nueva, aprovechando para su venida los galeones que ren-  
dían viaje en Sevilla, de donde despachó postas aceleradas a la Corte.

El día 13 de julio, domingo, llegaba a Burgos el correo ordinario, y en él venían cartas, bien que de índole particular, en las que se aseguraba el éxito más completo de la expedición, y aunque la noticia no tenía carácter oficial, era tal la ansiedad en todas las clases sociales, que el Presidente del Cabildo, sin esperar cartas del Rey, quien era seguro que escribiría, se apresuró a convocar Cabildo «de palabra» para tomar urgentes acuerdos. Reconocidas como fidedignas por tratarse de cartas escritas por personas de solvencia y merecedoras de crédito, en especial de una recibida por el Sr. Corregidor, de momento se dispuso toque general de campanas en aquella noche y lo mismo ordenaron los Sres. Provisores a las parroquias y comunidades.

Por la ciudad habían comenzado a correr como reguero de pólvora, y el mismo deseo de hacerles circular con entusiasmo, les fué deformando de tan diversas maneras, que en las personas sensatas y de buen juicio que por falta de contacto con los elementos oficiales no podían comprobar lo que de verdad tuvieran semejantes rumores, iba engendrando ya cierto doloroso escepticismo, que se acentuó al atardecer; mas a primera hora de la noche, a las nueve, los sonidos vibrantes, solemnes y majestuosos de las campanas de la Catedral, con esa estupenda combinación de tonalidades en armónico concierto por nadie imitado, lanzados desde las soberbias agujas en rápido y jubiloso volteo, llenaron todos los ámbitos de Burgos y su campiña, en noche serena de julio, levantando así los ánimos decaídos y citando a los buenos burgaleses, que tan bien han sabido interpretar el significado de los toques catedralicios, para los cultos que naturalmente habían de celebrarse en acción de gracias.

El día siguiente, 14 de julio, después de Sexta, se cantó por la capilla de música solemnisimo «Te Deum» al que acudió numeroso público. El buen maestro Varcina, ágil y competente organizador de cultos, y, por lo que se colige, agudo observador de multitudes, consigna en el Recuerdo o Memoria relativa este asunto que pudo anotar, vecinos de lugares tan distanciados como Arlanzón, Gamonal, Sarracín, Tardajos, Santibáñez, que llenaban materialmente los espaciosos ámbitos de la Catedral, y es de considerar que por la pre-

mura del tiempo, tan gratas noticias no podían llegar oportunamente, ni aun a lugares relativamente próximos, a la ciudad. Mas el pueblo entero de Burgos aportó un nutridísimo contingente, que con admirable espontaneidad se asoció a los cultos, tributando al Dios de las Victorias, con fêrvido entusiasmo, el sincero testimonio de profundo agradecimiento por los señalados favores que el cielo había otorgado una vez más al glorioso ejército español.

\* \* \*

Así exterioriza el alma burgalesa su fina y acusada sensibilidad patriótica, que se solidariza cordialísimamente en este episodio de la lucha milenaria contra la morisma, demostrándolo por medio de sus dos más altas instituciones sociales: eclesiástica y civil, Ayuntamiento y Cabildo, con su ferviente súplica en los preliminares de la pelea y con su entusiasmo en la acción de gracias después del triunfo. Aunque distanciada geográficamente del lugar de los sucesos y con escasa participación en las consecuencias favorables de ellos, aunque la Ciudad «Caput Castellae» dejara, luengos años ha, de ser la capital efectiva de estos reinos, ella que con su fuerza de asimilación ha ido incorporando al centro de la unidad patria pueblos y regiones, se sentía aun cabeza espiritual, repercutiendo en su entraña como en núcleo biológico de primer orden, por acción refleja si se quiere, mas con intenso dinamismo, todos los sentires, todos los anhelos que en asuntos y empresas de índole y trascendencia nacional afectaran a las demás zonas y provincias.

MANUEL AYALA LOPEZ,

MAESTRO DE CEREMONIAS DE LA S. I. B. M.